

## HERNANDO DE SOTO EN LAS CRÓNICAS SOBRE LA CONQUISTA DEL PERÚ

*Carmen de Mora*  
*Universidad de Sevilla*

Está demostrado que Hernando de Soto, el primer español que vio a Atahualpa y habló con él, encargado de dirigir la vanguardia de a caballo, fue la figura más destacada en la conquista del Perú después de Francisco Pizarro. Su destreza excepcional como jinete y su audacia en el enfrentamiento con los indios, que, en ocasiones, rozaba la temeridad, facilitaron el avance de las fuerzas españolas y por tanto el éxito de la conquista.

Fueron decisivas en la trayectoria de Soto las experiencias vividas durante los años transcurridos desde que pasó a las Indias con la expedición de Pedrarias Dávila, en 1514, siendo apenas un muchacho de catorce años, hasta su incorporación, en 1531, a la expedición de Francisco Pizarro. Antes de aventurarse con Almagro y Pizarro, Hernando de Soto había participado —en compañía de sus dos socios y amigos, Francisco Compañón y Hernán Ponce de León<sup>1</sup>— con Francisco Hernández de Córdoba en la conquista de Nicaragua, en 1524, en calidad de capitán<sup>2</sup>. Fijó su residencia en León de Nicaragua, donde recibió el cargo de

<sup>1</sup> Con ellos había formado una compañía minera.

<sup>2</sup> La amistad y sociedad entre Soto y Ponce duró desde 1517 hasta después de la conquista del Perú; Garcilaso cuenta su versión de cómo se produjo la ruptura entre ambos en su Historia de *La Florida*. Ver mi artículo «La dualidad en los episodios amplificativos de *La Florida*» (Mora, 2008)

regidor disfrutando de reconocimiento y de cierta riqueza<sup>3</sup>. A través de Nicolás de Ribera y del piloto Bartolomé Ruiz, que habían sido enviados por Almagro a Nicaragua para pagarle a Pedrarias Dávila su parte en la sociedad, Soto y Ponce tuvieron noticia de las riquezas del Perú. Entusiasmados con la idea de participar en aquella empresa —principalmente Soto—, se dirigieron a Panamá para poner sus naves a disposición de Pizarro a cambio de que le adjudicara a Soto la tenencia general del ejército que se estaba preparando en Panamá para la conquista de las tierras del sur y le cediera a Ponce uno de los mejores repartimientos<sup>4</sup>. Todo ello se estableció mediante un acuerdo verbal entre las partes. La relación de Soto con los Pizarro se vio enturbiada por un conflicto de intereses. Soto, que aportaba su valiosa experiencia, los navíos y sus hombres a la expedición, pensaba, en virtud del acuerdo informal que habían establecido, que él sería el segundo en el mando después de Francisco Pizarro, pero cuando llegó al Perú comprobó que ese puesto ya lo ocupaba Hernando Pizarro. La decepción que pudo sentir queda muy bien sugerida en aquellas escuetas palabras de Cieza de León que dicen «Soto encubrió lo que dello sintió»<sup>5</sup>. En esa situación, ir a la vanguardia le daba autonomía a Soto y probablemente al mismo tiempo le hacía alimentar ambiciones de apoderarse del mando. Para los Pizarro resultaba más cómodo mantenerlo alejado y enfrentado a las situaciones más peligrosas. Dice Lockhart, no sin ironía, que ese puesto

lo sacaba del poder y los consultos; estaban dispuestos a concederle la gloria de ir primero con la transparente esperanza de que lo mataran, puesto que se esperaba que Soto actuaría consecuentemente con su imagen, que fuera el jinete arrojado, poco confiable, pero valioso en la vanguardia<sup>6</sup>.

No obstante, la fama de Soto a través de los siglos, más que a la conquista del Perú, se ha debido sobre todo al extraordinario interés que despertó entre los historiadores y escritores de Estados Unidos la exploración que llevó a cabo en la Florida, dando lugar a una extensa

<sup>3</sup> «Desde Nicaragua, —escribe Mira Caballos— se dedicaron a la exportación de esclavos nativos a bajo precio a las áreas neurálgicas del Caribe, es decir, a Santo Domingo y a Tierra Firme» (2012, p. 41).

<sup>4</sup> Ver Ortiz Sotelo, 1993, p. 193, y Bravo, 1987, p. 49.

<sup>5</sup> Cieza de León, *Crónica del Perú*, p. 105.

<sup>6</sup> Lockhart, 1986, p. 202.

bibliografía sobre su vida, las hazañas en Centroamérica y en el Perú, y la expedición por el suroeste de los Estados Unidos.

Mi acercamiento en estas líneas a la figura histórica de este conquistador está basado en el testimonio de los cronistas sobre la conquista del Perú. Para ello, he tenido en cuenta, como punto de partida, la clasificación propuesta por Raúl Porras Barrenechea, fundamentada en la pauta cronológica y los ciclos históricos que narran los cronistas. Uno de ellos, Pedro Pizarro, caracteriza a Soto como «hombre pequeño, diestro en la guerra de los indios, valiente y afable con los soldados»<sup>7</sup>. Aunque solamente el Inca Garcilaso, en *La Florida del Inca*, nos dejó un retrato completo, algo idealizado, donde, adoptando criterios retóricos, se combinaban el linaje y la caracterización física, moral y psicológica del conquistador<sup>8</sup>.

Por dirigir la vanguardia de a caballo, desde que se incorporó a la expedición de Francisco Pizarro en Nicaragua, Soto alcanzó protagonismo en algunos episodios centrales de la conquista y mantuvo numerosas refriegas con los indios. Esos episodios son Tumbes, Cajas, el encuentro con Atahualpa, la captura y muerte de Atahualpa en Cajamarca, la misión que le encomendó Pizarro de ir al Cuzco con Pedro del Barco y la toma del Cuzco. Las versiones de los cronistas suelen coincidir en aspectos generales; sin embargo, cada una presenta matices distintos. Para una mejor diferenciación he distinguido dos grupos: la crónica soldadesca y las crónicas de Indias.

## LOS CRONISTAS

### *La crónica soldadesca. Los cronistas de la conquista*

Son varias las relaciones escritas por testigos que presenciaron los primeros viajes de Pizarro y la captura de Atahualpa en Cajamarca: las de Cristóbal de Mena, Francisco de Xerez, Pedro Sancho, Miguel de Estete, Juan Ruiz de Arce, Pedro Pizarro y Diego de Trujillo. Si bien no son los únicos testimonios, me he limitado a aquellas que incluyen episodios protagonizados por Hernando de Soto.

*La conquista del Perú, llamada la Nueva Castilla* (Sevilla, abril de 1534), anónima, aunque atribuida por Porras Barrenechea a Cristóbal

<sup>7</sup> Porras Barrenechea, 1986, p. 152.

<sup>8</sup> Ver Mora, 1985 y 1988, pp. 50-61.

de Mena<sup>9</sup>, fue la primera relación publicada en Europa de un testigo presencial de los hechos ocurridos a raíz de la tercera expedición de Pizarro, desde la partida de Panamá (enero de 1531) hasta la captura de Atahualpa, el reparto de su rescate y la muerte (1533).

Escrita a modo de rectificación de la anterior, la *Verdadera relación de la conquista de la Nueva Castilla* (Sevilla, julio de 1534), del sevillano Francisco de Jerez, por ser su autor secretario de Pizarro en Cajamarca, fue adoptada como la versión oficial de aquellos hechos y utilizada como fuente por historiadores antiguos y modernos (Porras Barrenechea 1986, p. 94). En lo referente a Hernando de Soto la crónica de Jerez no ofrece mucha información, pues, en virtud de la impersonalidad característica de la crónica soldadesca de la conquista, en la de Jerez no aparece ni un solo nombre propio, salvo el de los organizadores de la expedición y el de Hernando Pizarro. Cuando se refiere a Soto habla de «un capitán» sin concretar el nombre.

La *Relación de la Conquista del Perú* (1534) de Pedro Sancho de la Hoz, secretario de Francisco Pizarro cuando Jerez se fue a España —de 1533 a 1534—, fue redactada por orden de aquél para enviársela al Emperador. La escribió en Jauja y cuando la hubo acabado la leyó en presencia de Pizarro y de algunos oficiales que estaban a su servicio —Álvaro Riquelme, Antonio Navarro y García de Salcedo— quienes, conformes con su redacción, la firmaron. Así consta en las palabras finales de la *Relación*<sup>10</sup>.

*Noticia del Perú*, de Miguel de Estete, que se conserva sin firma en el Archivo de Indias, fue considerada anónima hasta que, en 1879, Marcos Jiménez de la Espada reveló el nombre del autor. En 1919 la publicó por primera vez el erudito ecuatoriano Carlos M. Larrea. Miguel de Estete fue uno de los hombres de a caballo que acompañó a Soto en el encuentro con Atahualpa e intervino en la captura del Inca; a él se le atri-

<sup>9</sup> En su introducción, Guérin pone en duda la autoría de Cristóbal de Mena para esta crónica y la considera anónima. Desplazada por la *Verdadera relación* de Jerez, su existencia fue ignorada hasta comienzos del siglo XIX y solo a mediados de ese siglo se constató que se trataba de un texto diferente al de Jerez.

<sup>10</sup> El manuscrito original se extravió, pero antes, Juan Bautista Ramusio pudo traducirla al italiano y la incluyó en el tomo III de sus *Navigazioni e viaggi* que publicó en Venecia a mediados del siglo XVI. En dicha colección el historiador mexicano Joaquín García Icazbalceta encontró el texto y lo trasladó de nuevo al español, publicándolo en 1849 como Apéndice al libro de Prescott sobre el Perú, donde se publicó también una versión en inglés.

buye haberle arrancado la mascapaicha o borla imperial a Atahualpa<sup>11</sup>. A fines de 1534 viajó a España y antes de la primavera de 1535 llegó a Sevilla, donde conoció a Fernández de Oviedo. Se supone que allí escribió este texto que es su segunda crónica.

*Advertencia que hizo el fundador de el vinculo y mayorazgo a los sucesores en el*<sup>12</sup>, breve manuscrito de Juan Ruiz de Arce, que permaneció inédito hasta 1933, es una evocación de las experiencias vividas desde que llegó a América, a los dieciocho años, en Honduras, Nicaragua y Perú. Lo escribió años después de transcurridos los hechos, a semejanza de Pedro Pizarro y Diego Trujillo. Aunque se ignora la fecha exacta de la redacción, sí se sabe que debió de ser con posterioridad a 1540.

La *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú* (1571), de Pedro Pizarro, fue escrita, a instancias del virrey Toledo, cuarenta años más tarde de los sucesos de Cajamarca, mientras su autor se encontraba en Arequipa. Los historiadores han puesto de relieve la espontaneidad, sinceridad y llaneza de su escritura, rasgos que lo diferencian de los demás cronistas testigos, de ahí que se le haya comparado con Bernal Díaz del Castillo<sup>13</sup>. En contraste con los cronistas oficiales, como Jerez o Pedro Sancho, al dejarse guiar su autor por los recuerdos la crónica adolece de algunas imprecisiones, elude fijar las fechas exactas y confunde nombres<sup>14</sup>.

Por último, he manejado para este período la *Relación del descubrimiento del Reyno del Perú*, de Diego de Trujillo<sup>15</sup>. Escrita en 1571, en el Cuzco, permaneció inédita durante casi cuatro siglos, hasta que el historiador peruano Raúl Porras Barrenechea localizó el manuscrito en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid y la publicó en 1948. El texto concluye con la entrada de Pizarro en el Cuzco, aunque el perío-

<sup>11</sup> También acompañó a Hernando Pizarro, cuando se dirigió a Pachacamac a tomar posesión de los tesoros guardados en aquel templo famoso. Como resultado del viaje, escribió *Una relación del viaje que hizo el señor capitán Hernando Pizarro*, desde el pueblo de Caxamalca a Pachacamac y de allí a Jauja, que fue íntegramente transcrita en la *Verdadera relación de la conquista del Perú* (1534) de Francisco de Jerez.

<sup>12</sup> Para la edición, ver la bibliografía: Solar y Taboada...

<sup>13</sup> Ver Pizarro, 1986, p. xii y Porras, 1986, p. 134.

<sup>14</sup> Además de ofrecer en su introducción numerosas referencias documentales y otros datos de interés, Lohmann Villena explica las probables razones que lo llevaron a escribir la crónica (Pizarro, 1986, pp. iii-vi).

<sup>15</sup> Era natural de Trujillo de Extremadura, donde nació en 1505. En 1529 se marchó al Perú con Francisco Pizarro y participó en la conquista.

do indicado en la portada del manuscrito es más amplio y abarca hasta 1571. Trujillo estuvo con Soto en Tumbes, en Cajas, en la embajada a Atahualpa y en el peligroso avance hacia el Cuzco. Y es el único en señalar que Soto llevó la primera mujer española al reino del Perú, una tal Juana Hernández<sup>16</sup>.

### *Los cronistas de Indias*

He incluido en este grupo a algunos de los más representativos cronistas del Perú: Gonzalo Fernández de Oviedo (*Historia general y natural de las Indias*), Francisco López de Gómara (*Historia General de las Indias*), Agustín de Zárate (*Historia del descubrimiento y conquista del Perú*), Pedro de Cieza de León (*Crónica del Perú*), el Inca Garcilaso (*Comentarios reales*), Miguel Cabello Valboa (*Miscelánea Antártica. Una historia del Perú antiguo*) y Anello Oliva (*Historia del reino y provincias del Perú*).

### LOS EPISODIOS

#### *El pueblo de Cajas y las vírgenes del sol*

Es uno de los sucesos más controvertidos en relación con la personalidad de Soto, Porras Barrenechea, que no lo tenía por santo de su devoción, se servirá de él, a través de la versión de Trujillo, para liquidar la imagen un tanto idealizada con que ha pasado a la Historia.

En la relación de Cristóbal de Mena es el primer episodio en que participa el entonces capitán de Pizarro. Envío el gobernador a Soto, acompañado de cuarenta hombres, a un pueblo llamado Cajas en el que se encontraban muchos indios de guerra que habían recogido tributos con los que Atahualpa abastecía su real. Partió el capitán con sus hombres y llegando cerca del pueblo supieron que aquella gente había estado allí sobre una sierra, esperándolos, aunque después, por temor, se habían marchado. Mena refiere que había en el pueblo unas casas muy altas en las que hallaron mucho maíz y calzado; otras estaban llenas de lana y había más de quinientas mujeres que se dedicaban a hacer ropa y vino de maíz. El cacique de aquel pueblo abrió una de aquellas casas que estaban cerradas y le dio al capitán (Soto) cuatro o cinco mujeres para

<sup>16</sup>Ver Porras, 1986, pp. 94-95, nota 59. Sin duda el dato no deja de ser curioso, dado que, según el erudito peruano, en 1537, había en Lima 380 españoles y solo 14 mujeres españolas.

que les sirviesen a los españoles «en guisar de comer por los caminos»<sup>17</sup>. Mientras estaba con el cacique llegó un capitán de Atahualpa que traía un presente para los cristianos de parte del Inca. Consistía en unos patos desollados, «que significaba que así habían de desollar a los cristianos»<sup>18</sup>, y dos fortalezas, hechas de barro, de las que decía que había adelante otras similares. Cuando Soto regresó a donde estaba el gobernador, con el capitán de Atahualpa, aquel se mostró muy contento y le dio una camisa «muy rica» y dos copas de vidrio para que se las llevase a su señor en señal de amistad. Resulta extraño que el relator interpretase el significado de los regalos de Atahualpa como una amenaza para los españoles y que eso mismo le pasara desapercibido al gobernador; lo más probable es que este comprendiera que el verdadero propósito de la embajada era averiguar las fuerzas con que ellos contaban, y que su reacción complaciente fuera calculada y fingiera a propósito para llevar adelante su plan<sup>19</sup>.

Las informaciones que presenta Jerez son las que Soto le dio al gobernador a su regreso de Cajas. No alude al episodio del reparto, aunque sí a las casas de mujeres que se dedicaban a tejer ropa para el ejército de Atahualpa. Y refiere cómo este había ahorcado a algunos indios porque uno de ellos había entrado en la casa de las mujeres a dormir con una. No deja de ser curioso que Oviedo, que en la *Historia general y natural de las Indias* recoge la versión de Jerez, introduzca, sin embargo, un dato que este no registra: que el principal de Cajas le dio a Soto doscientas mujeres de las que había en la casa, algo que no parece muy creíble por el número<sup>20</sup>. Sea cierto o no el episodio de las mujeres, una vez más Soto arriesgó su vida yendo a Cajas y de aquella incursión regresó con informaciones muy ventajosas para los acontecimientos futuros<sup>21</sup>. Jerez también explica de otro modo los presentes que un indio principal le llevó a Soto para el gobernador: eran dos fortalezas de piedra a modo de fuentes para beber y dos cargas de patos secos desollados para que hechos polvos se sahumara con ellos el gobernador, según era la costumbre entre los señores de su tierra ¿Fue una provocación el regalo de

<sup>17</sup> Mena, *La conquista del Perú*, p. 93.

<sup>18</sup> Mena, *La conquista del Perú*, p. 94.

<sup>19</sup> Ver Prescott, 1986, p. 243.

<sup>20</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, tercera parte, tomo IV, libro VIII, p. 156.

<sup>21</sup> Además de obtener otras informaciones, allí supo Soto que Atahualpa se encontraba en Cajamarca acampado con un gran ejército. Ver Prescott, 1986, p. 244.

Atahualpa —según se desprende de la crónica de Mena— o una gentileza del Inca —como supone Jerez? Las dudas y ambigüedades que a veces plantean estas crónicas primerizas ponen en evidencia la dificultad de comprender y de interpretar adecuadamente al otro, cuestión que trató con bastante lucidez Todorov en *La conquista de América*. Explica allí que los comunicados que Moctezuma les dirigía a los españoles impresionan por su ineficacia: «Para convencerlos de que dejen el país, Moctezuma siempre les envía oro, pero nada había que pudiera decidirlos más a quedarse»<sup>22</sup>. Salvando las distancias, esa misma incomunicación se manifiesta en la conquista del Perú, con particular énfasis en el drama de la prisión y muerte de Atahualpa.

En su relación, Pedro Pizarro deja entrever la desconfianza del gobernador hacia Soto cuando lo envió a la provincia de Cajas para averiguar quién era Atahualpa y cuánta gente llevaba. Como Soto tardase más de lo esperado sospecharon de él y pensaron si no había hecho lo mismo que en Tumbes (cap. 7, 28)<sup>23</sup>. La de Trujillo es con mucho la versión más negativa de la actuación de Soto en aquel suceso. Cuenta el cronista que había en el pueblo tres casas de mujeres recogidas que llamaban *mamaconas*<sup>24</sup>, y cuando entraron los españoles sacaron las mujeres a la plaza —eran más de quinientas— y Soto repartió muchas de ellas entre los españoles. El capitán del Inca, enfurecido con ese atrevimiento, estando tan cerca de allí Atahualpa, amenazó con matarlos a todos. Tal como lo cuenta Trujillo, la imagen de Soto sale bastante malparada, sin embargo, en las anteriores versiones los hechos no fueron así. ¿Quién miente y quién dice la verdad? No parece creíble que estando las casas tan protegidas Soto pudiera sacar a quinientas mujeres y repartirlas entre los soldados. La versión de Mena parece más fiable, no obstante, Porras Barrenechea toma por verdadera la versión de Trujillo y afirma:

<sup>22</sup> Todorov, 1987, p. 96.

<sup>23</sup> Pizarro cuenta en su crónica la decepción que sufrieron Soto y los suyos cuando llegaron a la isla de la Puná, donde se encontraba entonces el marqués, esperando encontrar plata y oro, y los encontraron a todos enfermos y hambrientos. Tal vez por ello, Pizarro alude, en el capítulo sexto, a un medio motín de Soto en Tumbes y la desconfianza que suscitaba en los Pizarro, un detalle que no se encuentra en las demás crónicas soldadescas. A partir de entonces, cuando Soto salía para alguna misión, Francisco Pizarro enviaba con él a sus hermanos Juan y Gonzalo.

<sup>24</sup> *DRAE*: < quechua *mama*, madre, con la t. pl. *-kuna* ]. Entre los antiguos incas, cada una de las mujeres vírgenes y ancianas dedicadas al servicio de los templos, y a cuyo cuidado estaban las vírgenes del Sol.



«La tropelía de Soto característica de su ánimo violento y acometido —contra lo que generalmente se afirma de este, presentándolo como el santo de la conquista del Perú—, era hazaña inédita hasta ahora»<sup>25</sup>. En cualquier caso, el único testimonio que atribuye a Soto el reparto de las mujeres y no al principal o cacique es el de Trujillo. Además, este resulta contradictorio en los datos que aporta. Afirma que en Cajas había un capitán de Atahualpa con más de 2000 indios de guerra. En esas condiciones ¿cómo podía Soto apoderarse con tanta facilidad de las mujeres, si —siempre según Trujillo— solo lo acompañaban cuarenta hombres?

### *El encuentro con Atahualpa*

Una vez que Francisco Pizarro y los suyos llegaron a la ciudad de Cajamarca trazaron el plan. Atahualpa se encontraba con su ejército a una legua de Cajamarca junto a las termas de Pultamarca; había que atraerlo y capturarlo, táctica que ya se había empleado con éxito en las conquistas de México y el Caribe<sup>26</sup>. Y esta difícil misión le fue encomendada a Soto, quien, tan solo acompañado de unos veinte hombres<sup>27</sup>, se presentó en el real de Atahualpa, en calidad de embajador de Pizarro, para saludarlo, entregarle un presente e invitarlo a cenar esa misma noche con el gobernador.

Según Cristóbal de Mena, Soto y Hernando Pizarro le pidieron licencia al gobernador para ir con cinco o seis de a caballo y el intérprete a hablar con el cacique Atahualpa y ver cómo tenía asentado su real. El gobernador, contra su voluntad, los dejó ir. Todo el campamento donde se hallaba el cacique estaba rodeado de gente de guerra y lo encontraron sentado delante de su casa con muchas mujeres alrededor. Soto se acercó tanto con el caballo a Atahualpa, que este le aventaba con las narices una borla que el cacique llevaba sobre la frente, aunque él no se inmutó; se sacó del dedo un anillo y se lo entregó en señal de paz. Después de haber conseguido que Atahualpa aceptara la invitación de ir a ver al gobernador, antes de marcharse, Soto arremetió con el caballo muchas veces junto a un escuadrón de piqueros que, asustados, se echaron hacia atrás. Cuando ya se hubieron marchado los españoles, Atahualpa les

<sup>25</sup> Trujillo, *Relación del descubrimiento del reyno del Perú*, p. 99, n. 71.

<sup>26</sup> Ver Silva-Santisteban, 1993, p. 124.

<sup>27</sup> Después —como se sabe— Pizarro, al haber divisado desde lo alto de la fortaleza la magnitud del ejército de Atahualpa, envió a su hermano Hernando en seguimiento de Soto por si se veía en dificultades.

cortó la cabeza a ellos y a sus familias por haber mostrado miedo ante los españoles.

Francisco de Jerez también se detiene en algunos detalles destacando la actitud digna y majestuosa del Inca. Describe el tocado que llevaba: tenía en la frente una borla de lana que parecía de seda, de dos manos, de color carmesí, asida a la cabeza con sus cordones que le bajaba hasta los ojos, «la cual le hacía mucho más grave de lo que él es»<sup>28</sup>. Explica también que Atahualpa estuvo todo el tiempo mirando hacia abajo y que no se dignó mirarle a los ojos, era un principal suyo el que le respondía al capitán. Entonces llegó Hernando Pizarro que mantuvo un breve diálogo con Atahualpa para atraerlo, asegurándole que le ayudaría a acabar con sus enemigos. A continuación llegaron unas mujeres que les trajeron chicha en unos vasos de oro y, aunque ellos recelaban de la bebida ofrecida por Atahualpa, tuvieron que aceptarla. Después se despidieron y Atahualpa les aseguró que iría a ver al gobernador al otro día por la mañana. El retrato que ofrece Jerez del Inca es el más preciso de todos:

Atabaliba era hombre de treinta años, bien apersonado y dispuesto, algo grueso, el rostro grande, hermoso, y feroz, los ojos encarnizados en sangre. Hablaba con mucha gravedad, como gran señor; hacía muy vivos razonamientos, que entendidos por los españoles conocían ser hombre sabio. Era hombre alegre aunque crudo. Hablando con los suyos era muy robusto y no mostraba alegría (p. 210).

Miguel de Estete le da todo el protagonismo a Hernando Pizarro, y —en su crónica— solo interviene Soto cuando, después de que Atahualpa les hubiera ofrecido bebida de la tierra en vasos de oro, le preguntó si quería que corriese los caballos por aquel patio.

Juan Ruiz de Arce, que era uno de los que acompañaban a Soto, muy impresionado por aquel encuentro, detalla el lugar donde encontraron al Inca, «la casa de placer», el patio con el estanque en medio en el que entraban dos caños, uno de agua caliente y otro de fría que salían de dos fuentes (las fuentes termales, hoy llamadas «Fuentes del Inca»), donde se bañaba Atahualpa con sus mujeres. Además de los detalles registrados por otros cronistas, Ruiz de Arce aporta otros nuevos. Así, dice que Atahualpa no escupía en el suelo, sino que cuando quería hacerlo una mujer le ponía la mano, y que los cabellos que se le caían por el vestido,

<sup>28</sup> Jerez, *Verdadera relación de la conquista del Perú*, p. 193.

los tomaban las mujeres y se los comían. Lo primero lo hacía por grandeza y lo segundo porque temía que le hicieran algún hechizo. En lo referente a la acometida del caballo de Soto, él afirma que fue Atahualpa quien les pidió que hicieran correr un caballo porque deseaba verlo (p. 361).

De la relación de Trujillo, testigo de vista de estos hechos, chocan las palabras que pone en boca de Hernando Pizarro cuando llegó al real y Soto le explicó que todavía Atahualpa no había salido para recibirlo: «decidle al perro que salga luego»<sup>29</sup>. En cuanto a los cronistas posteriores, Oviedo, tal vez porque siguió muy de cerca la crónica de Jerez, nunca nombra a Soto, para quien solo es «un capitán». Ni siquiera lo hace en el encuentro con Atahualpa, y desde luego no menciona el conocido episodio del desafío con el caballo. López de Gómara también se atiene, con algunas variantes<sup>30</sup>, a la versión de Jerez. Pedro de Cieza describe con detalle el encuentro y atribuye el incidente del caballo al deseo de hacerle una demostración a Atahualpa, quien no se inmutó: «Mas de los suyos hobo algunos, que pasaron de cuarenta, que con el miedo que cobraron, se derribaron por una parte y otra»<sup>31</sup>. Y cuando se hubieron ido los españoles, Atahualpa, indignado por la afrenta los mandó matar.

El Inca Garcilaso, basándose sobre todo en Blas Valera, enfatiza los malentendidos que resultaron de la pésima actuación del intérprete Felipillo<sup>32</sup> por no saber traducir las palabras de Soto ni las de Atahualpa, ni reproducirlas en su totalidad. Discrepa de la versión que daban algunos historiadores españoles de aquel encuentro al achacarle al primero una actitud arrogante y, al Inca, haber matado a muchos de los que huyeron al acercarse los caballos. En cambio, sostiene que no fue este

<sup>29</sup> Por muy arrogante que fuera Hernando Pizarro es incomprensible que se expresara así alguien que iba como embajador y que debía ser persuasivo. Antonio de Herrera, en su *Historia general*, dec. v, se refiere a la cautela y el tacto con que Soto y Hernando Pizarro acudieron al real del Inca. Este sería otro de los testimonios dudosos de Trujillo, ya que no aparece en ninguna otra crónica.

<sup>30</sup> Entre ellas merece señalarse cómo destaca la figura del intérprete, que solo había sido registrada por Mena.

<sup>31</sup> Cieza, *Crónica del Perú*, p. 127.

<sup>32</sup> Silva Santisteban sostiene que el verdadero nombre era Martinillo. Silva Santisteban, 1993, p. 132. Anello Oliva considera también que la mala traducción de Felipillo fue un factor determinante en la muerte de Atahualpa y repara en la tristeza que le produjo al Inca comprobar, en el famoso encuentro con Hernando de Soto, lo mal que hacía su oficio este intérprete.

sino un maese de campo, acompañado de un tercio de soldados, quien salió a recibir a los embajadores. El capitán, para hacer alarde de valentía y arrojo en caso de que no vinieran en son de paz, arremetió el caballo y lo paró cerca del maese de campo (cap. XVIII, p. 40). La intención de Garcilaso, en consecuencia, era salvaguardar la honra tanto del español como de Atahualpa; del primero, porque sería deshonoroso que hubiera desafiado al Inca; del segundo, porque hubiera sido objeto de una humillación<sup>33</sup>. Concluye el escritor: «por todo lo cual es de haber lástima que los que dan en España semejantes relaciones de cosas acaecidas tan lejos de ella quieran inventar bravatas a costa de honras ajenas»<sup>34</sup>. Otra singularidad que presenta la glosa del Inca es que fue Soto, a petición de Hernando Pizarro, quien le habló a Atahualpa y le explicó el motivo de la embajada.

La defensa del capitán en este episodio, frente a la opinión de otros historiadores, se puede relacionar con la imagen edificante que ofrece del adelantado en los *Comentarios* y en *La Florida*, dotada de todos los atributos morales que debía tener un buen jefe militar y que estaban previstas en *El cortesano* de Castiglione.

### *La prisión y muerte de Atahualpa*

Que Soto era una pieza imprescindible en el ejército de Pizarro para llevar adelante la conquista se pone de manifiesto también en el trágico episodio de la prisión de Atahualpa, donde se hizo cargo de una de las divisiones de la caballería, quedando la otra a cargo de Hernando. Por lo que respecta a la muerte del Inca, las explicaciones de Ruiz de Arce son muy imprecisas: unos oficiales del rey le aconsejaron a Francisco Pizarro que lo matara y este tomó la precaución de enviar a los conquistadores a descubrir tierra para quedarse solo con los oficiales. El cronista no lo dice, pero es conocido que Soto y Hernando Pizarro eran dos de los que no querían que se matara al Inca<sup>35</sup>.

<sup>33</sup> Afirma el autor que hubiera sido Atahualpa torpe de entendimiento si hubiera mandado matar delante de los mismos embajadores a los indios, que les habían respetado y honrado. Garcilaso no tiene en cuenta que la mayoría de los cronistas afirman que lo hizo después de que los embajadores se hubieran marchado.

<sup>34</sup> Garcilaso de la Vega, *Historia general del Perú*, p. 41.

<sup>35</sup> Prescott señala que Atahualpa tenía más familiaridad con ellos, sobre todo con Soto, que con el gobernador, y que aquel solía interceder ante él por el Inca (1986, p. 299 y 300).

Pedro Pizarro señala que, cuando ya lo habían matado, regresó Soto de la misión que se le había encomendado, que era averiguar si la gente de Atahualpa se estaba organizando para atacar a los españoles, y declaró no haber visto nada: «al marqués le pesó mucho de haberle muerto, y al Soto mucho más, porque decía él tenía razón, que mucho mejor fuera enviarlo a España, y que él se obligaba a ponerlo en el mar, y cierto esto fuera lo mejor que con este indio se podía hacer, porque quedar en la tierra no convenía»<sup>36</sup>. Cuesta creer que el marqués hubiera sentido tanto la muerte de Atahualpa —como afirma el cronista—, cuando tomó medidas para alejar a aquellos que podían oponerse; sus palabras suenan a justificación, a pesar de que a él mismo le parecía mal esa muerte. Cieza, que en general ofrece una imagen positiva y amable de Soto, repara en la congoja que sintió el capitán y los que le habían acompañado cuando regresaron a Cajamarca y supieron la muerte de Atahualpa, de la que culparon a Francisco Pizarro por no haber esperado a que ellos regresaran<sup>37</sup>.

Lockhart supone que los Pizarro y otros enviaron a Soto a esta misión para «sacarlo de en medio mientras procedían contra el Inca, ya que la insistencia de Soto por cumplir literalmente los acuerdos era uno de sus rasgos mejor conocidos y más auténticos»<sup>38</sup>. Lo que no le impide reconocer que su amistad e inclinación hacia Atahualpa no eran del todo altruistas. Fueran cuales fueran las razones Soto era el único que podía haber obstaculizado la decisión de Pizarro de ejecutar al Inca.

#### *La misión de Soto y Pedro del Barco: la muerte de Huáscar*

El encuentro de Soto y Pedro del Barco con Huáscar, hermano de Atahualpa, cuando se dirigían al Cuzco por mandato de Francisco Pizarro no es muy comentado en las crónicas soldadescas, les interesó más a los cronistas posteriores. López de Gómara culpa a los dos españoles, Soto y Pedro del Barco, de no haber atendido las súplicas de Huáscar

<sup>36</sup> Pizarro, *Relación del descubrimiento*, p. 64.

<sup>37</sup> Además del hecho de haber participado en la prisión de Atahualpa, Mena le atribuye a Soto un desagradable episodio: la tortura del capitán Chiliachima en una hoguera para que confesara dónde se encontraba el oro del Cuzco (padre). El gobernador quiso sonsacarle, pero él decía que no lo tenía y que ya habían traído todo el que había. Entonces Soto le dijo que si no decía la verdad lo quemaría, y así lo hizo: lo amarraron, prepararon una hoguera con leña y paja y lo torturaron hasta que habló.

<sup>38</sup> Pizarro, *Relación del descubrimiento*, p. 203.

y de haber provocado su muerte a manos de Calicuchama y Quizquiz, capitanes de Atahualpa que lo tenían preso: «ellos quisieron más el oro del Cuzco que la vida de Guaxcar, con excusa de mensajeros que no podían traspasar la orden y mandamiento de su gobernador» (cap. cxv). Por el contrario, Agustín de Zárate los justifica por la obligación de cumplir con lo que el marqués les había ordenado, y acusa de desinformación a la gente de guerra que ignora la obligación que tienen de obedecer a sus superiores los encargados de cumplir una misión, «especialmente en la guerra»<sup>39</sup>.

Cabello Valboa, en la *Miscelánea Antártica* (cap. 32), explica que la razón por la que Pizarro envió a Soto y a Pedro del Barco a Cuzco fue que tuvo noticia de que Quizquiz tenía formado un importante ejército en esa ciudad y, de paso, les encargó que se trajesen todo el oro y la plata que encontrasen en los templos y palacios. En Teparaco se encontraron con Huáscar, quien les suplicó que lo llevaran con ellos o lo liberaran y les ofreció mayores riquezas que las que su hermano había prometido, pero ellos no cedieron, se limitaron a consolarlo y darle esperanzas. Sin embargo, el aspecto más curioso que presenta esta miscelánea en relación con ese suceso es la interpolación de una historia de amor de visos legendarios en la que a Soto le corresponde el papel de protector de la pareja formada por la hermosa Curicuillor<sup>40</sup>, hija de Huáscar Inca, y su amado Quilaco Yupanqui, embajador de Atahualpa<sup>41</sup>. Cuenta Cabello Valboa que Soto los llevó consigo a Cajamarca, los hizo bautizar —él se llamó don Hernando Yupanqui y ella doña Leonor Curicuillor— y contrajeron matrimonio. Después de dos años él murió, y «usando el Capitan Hernando de Soto, de la libertad de aquel tiempo: la aplicó para su recámara y en ella hubo a doña Leonor de Soto que hoy vive en el Cuzco: casada con Carrillo, escribano de su majestad, y tiene por hijos a Pedro de Soto y a doña Joana de Soto, y otras niñas cuyos nom-

<sup>39</sup> Zárate, *Historia del descubrimiento y la conquista del Perú*, p. 80.

<sup>40</sup> También aparece el nombre escrito como 'Curi Coillor'. Además de esta historia de amor, Cabello Valboa interpola la leyenda de Naymlap y la historia de los amores de Efquen Pisan.

<sup>41</sup> Obviamente, el amor entre dos jóvenes que pertenecen cada uno de ellos a bandos distintos y enfrentados no puede dejar de relacionarse con la famosa tragedia de Shakespeare, que se publicó más tarde. Cabello Valboa obtuvo el relato de los amores de Quilaco y Curicuillor de su informante don Mateo Yupanqui Inca, que residía en Quito. Ver Valcárcel, 1951, pp. xxv-xxvi.

bres importa poco a nuestra historia»<sup>42</sup>. La *Miscelánea* de Cabello Valboa, probablemente para atraer el interés de los lectores y por contaminación de las obras ficticias que tanto éxito tenían a ambos lados del Atlántico, intercala leyendas e historias de amor en la narración de los hechos históricos, de ahí el título del libro. A pesar de ser un relato imaginativo, el desenlace de la historia legendaria de Curicuillor algo tiene que ver con la realidad, pues se sabe que Hernando de Soto tuvo relaciones con varias mujeres indígenas y una de ellas fue la coya Leonor Tocochimbo, hija de Huayna Cápac, con la que tuvo varios hijos.

Por último, Anello Oliva acentúa el dramatismo del encuentro con Huáscar anotando que este les pidió llorando que no lo desamparasen, pero los dos españoles no lo hicieron por no quebrantar la orden de su capitán de llegar al Cuzco.

### *La toma del Cuzco*

Pedro Sancho es el más prolijo al describir la marcha desde Cajamarca al Cuzco, para ocupar la ciudad imperial, en que Hernando de Soto desempeñó la misión habitual en la conquista del Perú de ir en la vanguardia con un grupo de a caballo y enviar información al gobernador a través de mensajeros. Sancho refiere los hechos con tal minuciosidad que recuerda el estilo del Inca Garcilaso en *La Florida del Inca*. Con todo, sorprende que teniendo Soto tanto protagonismo durante cuatro capítulos el cronista no ose llamarlo por su nombre. Es más que probable que siguiera instrucciones de Francisco Pizarro para quitarle importancia al capitán que tanto le facilitó la conquista del Perú. Su versión no revela que existiese en Pizarro el menor atisbo de sospecha de traición o desconfianza hacia Soto; por el contrario, cada vez que este se adelantaba desobedeciendo las instrucciones del gobernador lo atribuye a las circunstancias, ya fuera la amenaza o el ataque de los indios. Tampoco hace comentarios en ese sentido Miguel de Estete, quien sí nombra a Soto. En cambio Pedro Pizarro lo acusa de haber desobedecido una vez más «con mala intención, para entrar en el Cuzco primero que el marqués»<sup>43</sup>, y de haber puesto en peligro la vida de sus hombres.

Según el relato de Trujillo les pidió parecer a los suyos para esperar al gobernador y a Almagro, que venían de camino, o continuar.

<sup>42</sup> Cabello Valboa, *Miscelánea Antártica*, p. 482.

<sup>43</sup> Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, p. 83.

Agustín de Zárate registra el apoyo de Soto a Almagro en el Cuzco, cuando quiso hacerse recibir por gobernador enfrentándose a Juan y Gonzalo Pizarro (cap. XIII). Al referir las hostilidades que hubo entre los Pizarro, de un lado, y Soto y Almagro, de otro, Cieza contrasta la «templanza y gentil comedimiento» de Soto con «la soberbia y aspereza» de Juan Pizarro. No le pasa desapercibido a este cronista que aquellas fueron «las primeras paçiones que hobo en esta tierra entre los Almagros y Pizarros o causado por su respeto»<sup>44</sup>.

El desenlace de la aventura de Soto en esta conquista fue —como es bien conocido— el regreso a España y la organización de la expedición a la Florida; antes pudo vivir en la ciudad del Cuzco un prelude de las futuras luchas entre pizarristas y almagristas<sup>45</sup>.

## CONCLUSIONES

En general, se conoce bien la biografía de Soto, por tanto, no es ese el interés que me ha guiado en esta aproximación sino el de configurar la imagen del conquistador que proyectaron los distintos cronistas. Entre las crónicas soldadescas están las que pertenecen a los cronistas oficiales, como Francisco de Jerez y Pedro Sancho, escritas en la inmediatez de los hechos, revisadas por Pizarro y sus allegados, y demasiado neutras en las informaciones; y las que han sido escritas años más tarde basadas en los recuerdos entresacados de la memoria (Juan Ruiz de Arce, Pedro Pizarro y Trujillo). En las primeras, el lector no informado no podrá distinguir si se está hablando o no de Hernando de Soto, pues la finalidad era glorificar a Pizarro. En las segundas, sí alcanza cierto protagonismo Soto. Al ser la primera modalidad la que se impuso en su momento y la que se convirtió en referente para los cronistas posteriores, es comprensible que el papel del capitán quedara eclipsado por los Pizarro. Solo de las crónicas no oficiales se deduce las tensiones y las luchas por el poder que existían entre los conquistadores y la posición conflictiva de Soto: tener que obedecer las órdenes de Pizarro, pero ser él quien verdaderamente se exponía y facilitaba el avance de las fuerzas españolas y quien más enfrentamientos mantenía con los indios<sup>46</sup>. Lo paradójico es que

<sup>44</sup> Cieza de León, *Crónica del Perú*, pp. 270-271.

<sup>45</sup> Después de los sucesos del Cuzco, en que Juan y Gonzalo Pizarro se enfrentaron a Soto y Almagro, Almagro se fue a Chile y Soto regresó a España.

<sup>46</sup> De ahí también que ganara la fama, entre algunos cronistas, de ser aficionado a matar indios: «Este gobernador era muy dado a esa montería de matar indios, desde



su fama se sustenta sobre todo —como es natural— en la expedición floridana, que él juzgó fracasada, y en la que se dejó la vida.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Bravo, Concepción, *Hernando de Soto*, Madrid, Ediciones Quórum-Historia 16, 1987.
- Cabello Valboa, Miguel, *Miscelánea Antártica. Una historia del Perú antiguo*, con prólogo, notas e índices a cargo del Instituto de Etnología (Seminario de Historia del Perú-Incas), Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Letras. Instituto de Etnología, 1951.
- Cieza de León, Pedro, *Crónica del Perú*, Tercera Parte, edición, prólogo y notas de Francesca Cantú, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1989, 2ª ed.
- Dargent Chamot, Eduardo, «El Perú marítimo en tiempos de Hernando de Soto», en *Actas del Congreso Hernando de Soto y su tiempo*, Badajoz, Junta de Extremadura, 1993, pp. 187-209.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Atlas, 1959.
- Garcilaso de la Vega, Inca, *Historia general del Perú*. Segunda parte de los *Comentarios reales de los Incas*, en *Obras completas del Inca Garcilaso de la Vega*, III, Madrid, Ediciones Atlas, 1960 (BAE, 134).
- Jerez, Francisco de, *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco llamada la Nueva Castilla [1534]*, ed. José Luis Moure, en Alberto M. Salas, Miguel A. Guérin, y José Luis Moure (eds.), *Crónicas iniciales de la conquista del Perú*, Buenos Aires, Plus Ultra, Colección del 5º Centenario, 1987, pp. 119-251.
- Lockhart, James, *Los de Cajamarca. Un estudio social y biográfico de los primeros conquistadores del Perú*, Lima, Editorial Milla Batres, 1986, 2 vols.
- López de Gómara, Francisco, *Historia General de las Indias y vida de Hernán Cortés*, prólogo y cronología de Jorge Gurria Lacroix, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.
- Mena, Cristóbal de, *La conquista del Perú, llamada la Nueva Castilla [1534]*, ed. Miguel A. Guérin, en Alberto M. Salas, Miguel A. Guérin, y José Luis

el tiempo que anduvo militando con el gobernador Pedrarias Dávila en las provincias de Castilla del Oro e de Nicaragua, e también se halló en el Perú y en la prisión de aquel gran príncipe Atabaliba, donde se enriqueció; e fue uno de los que más ricos han vuelto a España, porque él llevó e puso en Sevilla sobre cient mill pesos de oro, y acordó de volver a las Indias a perderlos con la vida, y continuar el ejercicio, ensangrentado, del tiempo atrás que había usado en las partes que es dicho» (Fernández de Oviedo, *Historia*, primera parte, libro XVII, cap. XXIII, p. 156).

- Moure, (eds.), en *Crónicas iniciales de la conquista del Perú*, Buenos Aires, Plus Ultra, Colección del 5° Centenario, 1987, pp. 65-118.
- Mira Caballos, Esteban, *Hernando de Soto. El conquistador de las tres Américas*, Bancarrota, Ayuntamiento de Bancarrota, 2012.
- Mora, Carmen de, «Semblanza del adelantado Hernando de Soto en *La Florida del Inca*», *Anuario de Estudios Americanos*, 42, 1985, pp. 645-656.
- «Prólogo» a Inca Garcilaso, *La Florida*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 19-93.
- «La dualidad en los episodios amplificativos de *La Florida del Inca*», en *Nuevas lecturas de «La Florida del Inca»*, ed. Carmen de Mora y A. Garrido Aranda, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2008, pp. 205-220.
- Oliva, Giovanni Anello, *Historia del reino y provincias del Perú y vida de los varones insignes de la Compañía de Jesús*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1998.
- Pizarro, Pedro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú [1571]*, consideraciones preliminares Guillermo Lohmann Villena y nota de Pierre Duviols, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 1986, 2ª ed.
- Porras Barrenechea, Raúl, *Una relación inédita de la Conquista. La Crónica de Diego de Trujillo*, Miraflores, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1970.
- *Los cronistas del Perú (1528.1650) y otros ensayos*, edición, prólogo y notas de Franklin Pease G.Y., bibliografía de Félix Álvarez Brun y Graciela Sánchez Cerro, revisada, aumentada y actualizada por Oswaldo Holguín Callo, Lima, Banco de Crédito del Perú, 1986.
- Prescott, William H., *Historia de la conquista del Perú*, Madrid, Ediciones Istmo & José María Gómez-Tabanera, 1986.
- Sancho de la Hoz, Pedro, *La Relación de la Conquista del Perú [1534]*, escrita por Pedro Sancho de la Hoz, Secretario de Pizarro, versión castellana con anotaciones por Joaquín García Icazbalceta; edición e introducción de José Mª González Ochoa, Calahorra (La Rioja), Asociación Amigos de la Historia de Calahorra, 2004, 2ª ed.
- Sinclair, Joseph H., *The Conquest of Peru as Recorded by a Member of the Pizarro Expedition*, reproduced from the copy of the Seville edition of 1534 in the New York Public Library with a translation and annotations by [...], New York, The New York Public Library, 1929.
- Silva Santisteban, Fernando, «El mundo andino y la presencia de Hernando de Soto», en *Actas del Congreso Hernando de Soto y su tiempo*, Badajoz, Junta de Extremadura, 1993, pp. 117-143.
- Solar y Taboada, Antonio del y El Marqués de Ciadoncha (José de la Rújula u de Ochotorena), «Relación de los servicios de Juan Ruiz de Arce, conquistador del Perú», *Boletín de la Academia de la Historia*, 102.2, abril-junio 1933, pp. 327-384.

- Todorov, Tzvetan, *La conquista de América. La cuestión del otro*, México, Siglo XXI 1987.
- Trujillo, Diego de, *Relación del descubrimiento del reyno del Perú*, ed. Raúl Porras Barrenechea, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1948.
- Valcárcel, Luis E., «La “Miscelánea Antártica” y sus códices», en Cabello Valboa, M., *Miscelánea Antártica*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Letras. Instituto de Etnología, 1951, pp. XI-XL.
- Zárate, Agustín de, *Historia del descubrimiento y la conquista del Perú*, edición, notas y estudio preliminar de Franklin Pease G. Y. y Teodoro Hampe Martínez, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial, 1995.